



# Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

## Instantáneas.

(Juan Valera.)



—Cuando me visto de máscara  
doy siempre el mismo bromazo:  
¡que son muy buenos algunos  
poetas americanos!

## SUMARIO

Texto: De todo un poco, por Luis Taboada.—La mejor muerte, por Luis de Amarena.—Paliqne, por Cleya.—Ustedes dispensen... por Sinesio Delgado.—Anarcótica, por Félix de Roncevalles.—A doña Blasa Petate, por Juan Pérez Zúñiga.—Extracordinariamente, por Eduardo de Palacio.—Dos bravones, por Ángel R. Chaves.—Chilanes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Juan Valera.—Desdichas del nombre.—Dolara (tres viñetas).—Los elegantes.—La multitud.—Los huéspedes de doña Bruna (tres viñetas), por Cilla.



Vuelven á estar de moda los atracos.

Á un honrade industrial que salía noches pasadas de un café situado en la travesía del Rastro le sorprendieron tres ladrones, y después de robarle varios artículos de relojería, le dejaron una puñalada en el vientre, como recuerdo.

Á otra persona infeliz que iba á hacer una visita á la calle de Toledo le atropellaron en la escalera dos aplaudidos malhechores, quitándole cuanto llevaba encima.

Ni un solo agente de la autoridad acudió á socorrer á los atracados. Se conoce que aquéllos están distraídos estos días leyendo el proyecto de reformas de Cuba... que es precioso.

\* \*

Lo malo está en que los atracadores son muy poco finos: en vez de pasar aviso con veinticuatro horas de anticipación, se presentan de pronto ante el transeúnte, y lo dejan en cueros sin saludarle siquiera.

El caso es que ya habíamos perdido la costumbre de estos ataques nocturnos. Hubo un tiempo en que casi todas las noches nos atracaban en la calle, y ya lo consideraba uno como la cosa más natural y sencilla.

Más de una vez habíamos oído decir en los pasillos del teatro:

—Adiós, D. Antonio.

—¡Hola, D. Aquilino! ¿Qué cuenta usted?

—Pues nada de particular, que ayer me atracaron.

—¿Y qué tal?

—Bien. He tenido la suerte de caer en manos de dos chicos muy atentos. Al principio me pegaron dos bofetadas, pero después estuvieron muy amables conmigo.

—Yo llevo seis días libre de atracos. La última vez me cogieron en la calle de la Bola y me dejaron en calzoncillos. Por cierto que lo sentí mucho, porque llevaba encima un retrato que acababa de dedicarme D. Alberto Aguilera, en prueba de cariño, y me lo llevaron también.

—Hay que tener paciencia.

—¡Naturalmente! ¿Cómo vamos á oponernos á una costumbre nacional?

De tal suerte nos habíamos acostumbrado á estos ataques, que ya no oponíamos resistencia, y decíamos á los atracadores con toda finura:

—Buenas noches. ¿Cómo siguen ustedes? ¿Y en casa?

—No hay novedad—decían ellos.—Notamos, con pesar, que está usted algo paliduchito... No se impresione usted, que esto no es nada... Venga el gabán y el reloj.

—No se molesten ustedes; yo me lo quitaré.

—No es molestia.

—Gracias.

—Abur—decían ellos por último.—Dé usted recuerdos en casa.

—De parte de ustedes.

Algunas veces los atracadores se permitían darle á uno un par de trompadas; pero esto era solo cuando no tenían confianza con el atracado. Siendo éste persona conocida, se limitaban á robarle

con cierta delicadeza. Más de una vez ocurrió el caso de ver los atracadores á un caballero con la cara hinchada, y decirle cariñosamente al tiempo de robarle:

—Hombre, cuídese usted ese fiemón. ¿Por qué no se pone usted una cataplasma de miga de pan y leche?

Ni aun las señoras se salvaban de los ataques nocturnos, y una noche viéronse atracadas en la calle de la Comadre D.<sup>a</sup> Melchora y su hija Purita, que es un ser ideal, aunque picada de viruelas.

—¡Alto!—dijeron.—Venga todo lo que lleven ustedes encima.

—Esto es un abuso—gritó D.<sup>a</sup> Melchora.

—¡Silencio! ¿Qué llevan ustedes en ese papel?

—Media libra de garbanzos y una morticilla.

—Vengan... Y ahora suelte usted el mantón y la toquilla y esa falda...

—¡Jesús! ¡Qué vergüenza! ¿Cómo me voy á demandar delante de ustedes?

Purita, entre tanto, era presa de un ataque nervioso, y uno de los atracadores le registraba el bolsillo.

—¡Por piedad!—exclamaba ella.—Devuélvame usted ese paquete de cartas. Son de Arturo, el elegido de mi corazón.

—No puede ser.

—Déjeme usted cuando menos ese mechón de pelo atado con una cinta, que es de mi Arturo.

Los atracadores le entregaron el pelo, que ella besó con delicia, y que exhalaba pronunciadísimo olor á aceite rancio.

Por si vuelve á introducirse aquí la costumbre de los atracos, bueno será que estemos prevenidos ó que adoptemos el sistema de D. Judas, acreditado prestamista de esta localidad.

Siempre que sale á la calle por la noche, lleva una capa que parece un estropajo, y no hay atracador que la robe.

Sólo una vez le detuvieron para quitársela, y el prestamista se la dejó llevar sin oponer resistencia; pero al poco rato oyó que le llamaban los ladrones diciéndole:

—Venga usted aquí y guárdese ese pingajo, ¡so indecentel!

\* \*

En París se ha fundado una sociedad titulada de *Los cien kilos de París*, á que pueden pertenecer solamente los que «arrojen» dicho peso bruto.

Los adheridos hasta la fecha, en número de 46, se reunieron noches pasadas en un establecimiento de la calle de la Folie-Méricourt, bajo la presidencia de un comerciante del barrio que pesa 160 kilos.

Se discutieron seriamente las bases de la asociación y el reglamento por que deben regirse los asociados, entre los cuales figura Olivier Flomont, un joven cocinero, de 155 kilos de peso y de 1,51 metros de estatura.

Las mujeres han quedado excluidas de la nueva sociedad, y ni aun podrán asistir á los banquetes que ésta se propone celebrar todos los años.

¿Por qué este desaire al bello sexo?

Lo natural sería que las gordas tuviesen representación, á fin de cultivar el trato ameno de los gordos y llegar algún día al enlace matrimonial.

Merced á esta dulce coyunda nacerían niños robustos, y dentro de poco podríamos tener una generación de obesos apaisados.

Lo cual siempre es honroso para los que pertenecemos al presente siglo.

Luis Taboada.

\* \*

## LA MEJOR MUERTE

Morir un hombre de amor, y al conocer que moría, dando escape á su dolor, de esta manera decía: «Ingrate ha sido mi suerte, pues, cuando tras rudo empeño iba ya á vencer, la muerte hace imposible mi sueño... Dura ley de mi destino que hasta este punto me alcanza... ¡algo al final del camino, y á vista de mi esperanza! Siempre es muy triste morir, pero lo es más al saber

que se pierda un porvenir donde aguardaba el placer. Inútil es nuestro afán, pues todo en la vida es nada si dichas y tumba están al concluir la jornada; y al acercarse á la gloria teniendo el triunfo por cierto, ¡el laurel de la victoria ciñe la frente de un muerto! Á ser querido aspiraba, porque era el único bien de mi existencia... Llegaba á las puertas del edén, y en este supremo instante

ya no puedo avanzar más...  
Si el alma dice: ¡adelante!  
el cuerpo responde: ¡atrás!  
He empleado tanto arbor  
en esta empresa insensata,  
que la fiebre del amor  
las fuerzas del cuerpo mata...  
¿No es, pues, fundada la queja  
del que ve, como ahora veo,  
que se hunde la carne y deja  
en ilusión el descao?»

II

V... ¡te engañas!—respondió  
un hombre que al lado estaba  
del moribundo, y oyó  
las quejas que éste lanzaba.—  
No maldigas de una suerte  
que evite acaso el martirio,  
y que te pone la muerte  
al final de tu delirio.

¡Choca con la realidad!  
Pues muere toda pasión.  
La humana felicidad  
es pura imaginación.  
Al rasgarse la neblina  
que en sí envuelve á todo arcano,  
ya la aspiración divina  
se envilece con lo humano;  
y en este fatal instante,  
más triste que en el que estás,  
si el cuerpo sigue adelante,  
el alma se queda atrás.  
Hunde á tu cuerpo el amor...  
¿Qué otra cosa has de pedir,  
si mueres de lo mejor  
de que se puede morir?  
¡Feliz quien de tal manera  
vence al fin en la partida!...  
¡Lo triste es que el alma muera  
y arrastre el cuerpo la vida!

Luis de Ansorena.

DESDICHAS DEL NOMBRE



—Esto de llamarse Juan Fernández es una maldad. Tengo que pasarme la vida corriendo de redacción en redacción para rectificar noticias. Que no soy yo el detenido por robar un portamonedas, ni el que asesinó á su mujer en la calle de Tal, ni el que se suicidó en el barranco de Cual, ni el que... Vamos, que parece que todo lo malo lo ha hecho Juan Fernández.

PALIQUE

No está mal eso de dar reformas á Cuba, aunque, á mi juicio, está rematadamente mal que sea Cánovas quien se la dé, y no la nación española solemnemente convocada en Cortes especiales y legalmente elegidas por medio de verdadero sufragio.

Lo que está muy feo es que Cánovas nos venga con reformas, y él no reforme el estilo, y siga escribiendo tan rematadamente mal como siempre.

Se le ha dicho que eso de «en el entretanto» es ridículo, y cuando no puede venir á cuento, absurdo; pues él orgulloso y terco, empieza otra vez un párrafo con un «En el entretanto» que es un contrasentido. Habla de lo envaletonados que estaban los insurrectos, y el párrafo inmediato empieza «En el entretanto, es sabido». Pero ¿qué es eso de ser sabido en el entretanto?

Entre tanto tontó como abunda en el partido conservador podrá eso pasar, pero es sabido que no pasa en buena lógica.

Dice Cánovas que los cubanos dudaron de nuestra entereza, y

que esto consta; y añade que «no debieron de haber dudado», lo cual, en español, es decir que usted no cree que dudasen. Lo contrario de lo que acaba de asegurar. Cánovas, que mangonea tanto en la Academia, no sabe que la gramática de la misma no le permite decir así «debieron de», sino «debieron», sin de.

El preámbulo, de que voy hablando, empieza así: «Señora: Desde que V. M. se dignó depositar su confianza en el actual ministerio, ha sido la guerra de Cuba objeto de sus constantes preocupaciones, todavía agravadas después con las rebeldías del Archipiélago filipino».

Y digo yo: Señor: la reina no depositó en ustedes su confianza, porque si la hubiera depositado... se habría quedado sin ella y no se podría decir ya que la reina tiene confianza en el gabinete.

Además, señor, esas «sus preocupaciones» no se sabe si son de la reina ó del ministerio.

Item, señor, en Filipinas no hay rebeldías, hay rebeldía, y hasta y sobra.

Otroí, lo de Filipinas no agrava las preocupaciones que inspira lo de Cuba sino que son preocupaciones por lo de Filipinas.

Preocupará más lo de Cuba, por causa de Filipinas, pero las preocupaciones que inspira Cuba las inspira Cuba, por grandes que sean, y no Filipinas.

«Hoy el fin de éstas (las rebeldías de Filipinas) parece cercano; y aunque no cabe fijar preciso término á la insurrección cubana, su notorio decaimiento basta para solicitar medidas previsoras y adecuadas al curso probable de los sucesos.»

¡Bonita política! De modo que hasta que una insurrección entra en notorio decaimiento, el gobierno no debe pensar en medidas previsoras. Eso dice Cánovas. No; y eso es lo que ha hecho.

«La ley de 1895 precipitó la sublevación, para impedir que ni poco ni mucho sus beneficios influyesen en el sostén de la paz.»

Como ven ustedes, Cánovas, atribuye á la ley el fin de no servir al sostén de la paz.

No quiere decir eso, claro; pero lo dice. Según Cánovas, hubo que dejar á las armas que indicasen cuándo era llegada la hora de que se empleasen «los resortes de la razón y del derecho». Alude á las reformas; de modo que mientras se contestó á la insurrección con la guerra nada más, no se empleó, según Cánovas, la razón y el derecho. Ergo, estábamos peleando sin razón y sin derecho. ¡No diría más un filibustero!

Cánovas no quiere decir eso; pero lo dice: si ahora viene la hora de emplear la razón y el derecho, señal de que hasta ahora no se han empleado.

De manera que la mala gramática obliga á Cánovas á hablar como un Cullón cualquiera.

Después habla Cánovas del *final término*; como si con ser término no le bastase para ser final... y dice: «por tanto plazo adormecidos», y no quiere decir que es por muchos plazos, sino que usa *plazo* por tiempo, lo cual es un adesfeso.

«Nos estaba en grado no corto perjudicando.»

Los grados no se miden por la longitud, D. Antonio. Si hay grados cortos, los habrá largos; y ¿qué es un grado largo?

«En ningún tiempo, á decir verdad (claro, hombre, hay que decir la verdad; eso no hace falta advertirlo), ha sido útil para nación alguna el separarse en sus procedimientos políticos de la corriente general de los demás.»

Pues, á decir verdad, eso no es verdad. Roma se separó de esa corriente, y por eso prosperó; Carlo Magno también, y medró; Inglaterra, en el siglo XVI, se separó de esa corriente, y le fué bien; Francia se separó de la corriente general en 1789, y logró que después la corriente general se fuese tras ella. Y si no fuera así, no habría quien sacase á la civilización de los períodos de atraso y decadencia. ¡Valiente filósofo de la historia está el Sr. Cánovas, á decir verdad en el entretanto!

«La aplicación material y práctica de las reformas.»

La única aplicación, señor, porque si no fuera práctica, ¿qué había de ser aplicación!

Después viene otro «en el entretanto», y con él un *llo* de competencia constitucional.

Primero dice Cánovas que las reformas irán á las Cortes para obtener «la legitimidad que les falte».

De modo, que Cánovas propone á la reina una cosa que no es todavía legítima.

Después dice que sí es legítimo lo que hace, porque en caso de guerra extranjera pueda hacerse lo que ahora se hace. Verdad es, añade el ministro, que esta no es guerra extranjera... ¡Pues entonces! Pero... tiene mucha importancia porque nos cuesta mucho dinero y mucha sangre. Pero eso ¿la hace extranjera? No. La explicación valdría si la ley dijese: en caso de guerra extranjera... ó de guerra civil muy cara. ¡Pero como no lo dice!

Zapirón-Cánovas, por escrúpulos, recurre al Consejo de Estado. ¿Por qué? Porque la ley orgánica de éste pide que se le consulten «las leyes de Ultramar». Pues mal pedido, porque las leyes que las Cortes dan á Ultramar no necesitan ni pueden ser consultadas con el Consejo de Estado. Y en cuanto al Gobierno... no puede dar leyes.

¡Ahí tienen ustedes al gran estadista metido en un berengenal de derecho público positivo que en un examen... acabaría en un suspenso!

¡Y ésa es la única cabeza del partido conservador!

Que no es más que un cien pies.

Clarín.

## DOLORA



Como una rosa mustia Estefani  
va cayendo en tenaz melancolía  
y ya no goza del divino encanto  
del lujo, de la hartura...  
que en otros tiempos deseaba tanto  
y ha logrado alcanzar... con su hermosura.  
Hállala siempre el hombre que la adora  
triste, enferma, con fiebre abrasadora.



Y en vano trata un día y otro día  
de adivinar la causa del despego  
con que a su ardiente fuego  
corresponde la ingrata Estefanía.



¿Cómo lo ha de saber el desdichado  
si, hembra voluble al fin, lo que ella siente  
no es más que la nostalgia del pasado,  
con ser más hechornoso que el presente!

## Ostede dispensen...

Pero yo, respetando como es justo las opiniones de la gente docta, comprendiendo que acaso sean muy convenientes las reformas, y visto ya que de los varios modos de conservar colonias se va abriendo camino el de tenerlas más ó menos autónomas... me pongo en el pellejo de un recluta de Burgos ó de Soria que abandona los surcos de su tierra y la calma apacible de su choza, y va contento á defender la patria muy lejos de su madre y de su novia. Y me veo durante muchos meses guarneciendo los fuertes ó las trochas, ó persiguiendo por espesos bosques un impalpable ejército de sombras, respirando, abrasado por la fiebre, los malsanos efluvios de la atmósfera, luchando contra veinte... cuando hay lucha, expuesto siempre á sucumbir sin gloria... y al oír que, de pronto, me dicen: «Ya no hay guerra; conque toma la licencia absoluta y vete á casa», no puedo menos de exclamar: «¡Recontra! Si yo no he desahogado mi coraje en batalla campal contra esas hordas de incendiarios, ladrones y asesinos que huyendo me escatiman la victoria, ¿cómo puede acabarse? ¡Con qué cara me presento en mi pueblo, en mi parroquia, á decir:—Vengo enfermo; pero traigo la bandera española!»

*Sinesio Delgado.*

★

## Anacreóntica.

(ESTILO 'FIN DE SIGLO')

¡Licor! archiexquisito del orujo,  
de ese orujo sin par, cuyo amasijo  
en las curdas de Baco fué, de fijo,  
el que ejerció más soberano influjo!  
De báquicos elogios en el pujo,  
mi canto de beodo te dirijo,  
y entre todos los néctares te elijo  
y bendigo al borracho que te trujo.  
Si ardiente te admiré, te adoro añejo,  
de rodillas postrado largo rato  
aunque en postura tal me torne viejo:  
que no te sé olvidar cuando te cato,  
¡ni cuando ardiendo en tu alcohol me quejo  
de que no haya otro vino más barato!

*Félix de Roncesvalles.*

## Los elegantes.



—¡Maldita distracción! ¡Pues no me he puesto el monóculo 'en el ojo bueno? Y ahora no veo ni con el de cristal ni con el del monóculo. Y el caso es que no me atrevo á cambiarlo por si me ve alguno y me pregunta que para qué ojo me he comprado el lente...

## La multitud.



—Aquí nos tienen ustedes, indiferentes á las reformas, á la pérdida de la isla de Cuba y á las opiniones particulares del Sr. Romero Robledo.

## A doña Blasa Petate.

(MODELO DE PATRONAS)

¡Conque usted (oh, patrona  
de quien me escamo,  
quiere que aquí la obsequie  
con un reclamo  
y diga que en la corte,  
querida Blasa,  
no hay casa de pupilos  
como su casa?  
Pues con el mayor gusto,  
Blasa *techicera*,  
diré en letras de molde  
lo que usted quiera.  
Yo diré de su casa  
que está hoy de moda,  
para que en poco tiempo  
se ocupe toda.  
Y en cambio, amiga mía,  
no diré nada  
de que es usted una fiera,  
mal comparada.  
No contaré que á un huésped  
puertorriqueño,  
dándole cierto día  
con un barreño,  
le rompió tres costillas  
de las más falsas,  
porque se quejó el pobre  
de que en las salsas  
encontraba á menudo,  
según él cuenta,  
¡hasta las zapatillas  
de la sirvienta!  
No hablaré una palabra  
(porque no quiero)  
de que tiene usted un gato,  
que por Enero  
atecha á los pupilos  
y, de repente,  
por detrás se los tira  
traidoramente.  
No diré á los lectores,  
amiga mía,  
que hay en la casa chinches,  
que usted las cria,  
y que, formadas luego  
por escuadrones,  
arman grandes batallas  
en los colchones.

No hablaré de que hay ratas  
entre las sillas,  
que á los huéspedes muerden  
las pantorrillas.  
No diré (pues parece  
que es una bola)  
que hace usted un chocolate  
que sabe á cola,  
ni que á cierto guiso,  
que Dios confunda  
le echó usted cal y arena  
para que cunda.  
No diré que usted finge  
que se apasiona  
por los huéspedes lilas,  
gentil patrona,  
y les saca los duros  
de los bolsillos  
cuando se hallan durmiendo  
los probrecillos.  
No diré que usted hace  
dos mil locuras  
ni que todos sus cuartos  
están á oscuras,  
ni contaré que tienen  
tan bajo el techo  
que no cabe ni un huésped  
de pie derecho,  
y es preciso que bajo  
las bovedillas  
vivan los infelices  
siempre en cuclillas.  
No diré que usted, en suma,  
lleva un sentido  
por dar un mal camastro  
y un mal cocido,  
ni que usted, cuando peca  
de *flarmónica*,  
es peor que la horrible  
peste bubónica.  
Mas para complacerla,  
como es muy justo,  
les diré á mis lectores,  
con mucho gusto,  
que, aparte de estas cosas,  
querida Blasa,  
no hay casa de pupilos  
como su casa.

Juan Pérez Tríniga.

## Extraordinariamente.

El «extra», el «super», todo es pálido.  
Camina con tal velocidad el pensamiento en nuestros días, que se queda atrás la lengua castellana, que fué de nuestros mayores—castellanos,—y hoy es lengua «á la escarlata».  
Hasta estos últimos tiempos cada pueblo, cada comarca y aun cada individuo gozaban de sus adjetivos particulares.  
Algunos sujetos los disfrutaban en vida, y podían transmitirlos á la familia.

Había poblaciones ilustradísimas que no pagaban al maestro de escuela, por ejemplo; campos feraces y feroces, generales bizarros, opulentos capitalistas, comerciantes probos, honrados menestrales, bellísimas señoras y señoritas, y otras elegantísimas, y otras «que hacían los honores—ó las honras—de la casa» con suma discreción y delicadeza.

Inspirados vates, dioses de ópera italiana y aun de ópera «flamenca».  
Pero no bastaban ¡ay! los adjetivos, ni daban á la expresión la fuerza apetecida.

Digo, no sé si debe decirse «apetecida» ó «apetitosas», porque ya nadie está seguro de saber lo que escribe.

Sobrevinieron los conspicuos, los eximios, los atávicos, los desequilibrados y los «lau-*texto*-moramenos».

No solamente anochece, sino que *satardece* y *madruguece*, y hay insinceridades y atisbos, y tal riqueza de palabras, aunque no de giros, que cualquiera se avergüenza y muere en un rincón al verse con tres ó cuatro pesetas de voces y palabras, que no es lo mismo, «magüero» que lo parezca.

¿Adónde va un hombre, aunque sea de bien, hablando y escribiendo en la lengua que suponía conocer, siquiera de vista y aun de trato con la gramática, si no está al tanto, ó al tonto, ó á los

tontos, de las últimas expresiones de los más modernistas del sport de adjetivos y verbos dificultosos?

Ya lo menos que pueda ser cualquier oficial en obra «primaria»: conspicuo ó eximio.

¿Qué se ha de aplicar á uno que saca un drama de su cabeza ó de donde lo encuentre?

Cuando menos, eminente ha de ser, ó insigne.

«Valiente amigo del insigne Otelo...»

También puede decirse en esta otra forma, también llamada á desaparecer, esto es, poética:

«Insigne amigo del valiente Otelo...»

Cuando se trata de nuestros autores dramáticos, ó cómicos, ó líricos, todos son nuestros primeros; nunca se lee:

«Está en ensayo el drama... ó el pasillo en tres actos, ó en uno, ó en dos, de uno de nuestros segundos autores...»

Los compositores de música, lo mismo que los zapateros y los sastres, todos son maestros.

Pero si quiera en éstos hay oficiales, y en los músicos no.

Cuando se anuncia un libro se dice que ya está agotada la edición. Esto cuando es de un amigo. De suerte que no sé para qué le anuncian.

En años pasados no se decía en los carteles, desde la segunda representación en adelante, como se dice ahora, si la obra estrenada en aquel teatro había sido aplaudida ó no por el público. En el triste caso de silba, desaparecía de los carteles para siempre.

—Puesto que para el público se escriba—decía el primero de nuestros actores españoles, D. Julián Romea,—cuando silba una obra, es mala indiscutiblemente.

Algún tiempo después se leía en los carteles, de obra de éxito buenisimo en la noche del estreno:

«Segunda representación del aplaudido ó aplaudida...»

¡Ah! Cuando se anunciaba como original, lo era.

Rarezas de entonces.

Pero eso de aplaudido era poco.

El público cada día más indiferente, la abundancia de teatros, las malas cosechas, las malas compañías, las malas costumbres, todo influye en la decadencia del teatro.

Y las empresas no tuvieron más remedio que aumentar los apertivos para llamar á las gentes.

Sobrevino el «muy aplaudido», y como por la mano, suavemente, el «aplaudidísimo» y el «extraordinariamente aplaudido».

Y á esto seguirá el «horrisonamente aclamado...»

Esto pueden decirlo del autor, y aun del drama ó del juguete ó lo que sea.

«Bárbaramente celebrada.»

Así anunciaba un empresario la primera representación, en un teatro de provincia de tercera clase, de una revista cómico-lírico-danzable.

Ya cualquier cosa es extra y super.

No tenemos adjetivos para empezar, faltan para el consumo.

¡Y aún hay más allá!

Hay obra extraordinariamente aplaudida por los carteles que fué acogida con revólver.

Y no desaparece de la escena.

Y se repite, y los sueltos de contaduría, en la prensa diaria, diciendo:

«Cada noche lleva más gente al teatro la preciosa brutalidad en un acto y cinco cuadros de malos costumbres, titulada *Una patá en el vientre ó Prudencia y desconfianza y la señor Bernardina la rabanera y su señor esposo el Pichichi*...»

Y tira.

¡Ya lo creó! Gracias á los «encuarteres», llega á las cien noches y pasa, siempre extraordinariamente aplaudida, por supuesto.

—Que no hay *estis* ya, ni *hones rules*—como decía un caballero chulo.

Eduardo de Palacio.

## Los braconeles.

(RECUERDOS DE HACER DOS SIGLOS)

Á ramoquetes y coces se están haciendo pedazos el Gancho y Juan Rebenque á cuál puede más de bravos. Hay quien dice si son celos, hay quien lo achaca á unos cuartos, y otros á que el caso vino del verbo sustantivado. Rebenque, para hacer boca, ya le arrancó á su contrario á cercón casi una oreja, casi á raíz medio labio. Y éste, tomando del otro las narices por tasaio, muerde como si viniera con tres cepas de retraso. Casado, sintiendo el primero

que se le añada el redajo al sufrir una puñada en el arcón de los flatos, de miedo á volver el mosto y con cordura pensando que al tratarse de tal zumo todo es mejor que soltarlo, haciéndose atrás un poco, llevó á la daga la mano para tirar á la jeta del Gancho un hurgomazo. Éste, entendiéndole el juego, dijo, sin decirlo: «Paso», y salió empujando á espaldas por palo mejor que el basto. Con lo cual aquel negocio camino hubiera tomado

Los huéspedes de D.<sup>a</sup> Bruña.

TRES ERAN TRES...



Don Remigio, el de la sala, está esperando un destino, pero con suerte tan mala que no puede hacer camino. No cumple, y lo tiene a gala.



López, el del gabinete, que alborota más que siete si no está la mesa puesta. Fue clarinete de orquesta, pero empenó el clarinete.



Y Ruiz, el del comedor. Siempre está de mal humor también por la suerte aciaga. Pero éste siquiera paga... con desaires el favor.

de dar que hacer para meses á alguaciles y escribanos, si de pronto en el partido, para cobrar el barato, la Tuerta é Inés la Zancuda no hubieran de golpe entrado. Verlas y quedar los jaques más que sus valonas blancas, cosa es que se dice en menos que lo que cuesta el pensarlo, con lo que á Inés, que en latines á veces mete su cuarto— tal son las humanidades que su persona ha cursado,— aquel *cedant arma togæ*, que ya barbotaba el larío, un terno de más de marca ahogó por innecesario. —¡Gallinas, más que gallinas!— gritó de allí á poco rato;— con vosotros tantos fieros, con la justicia tan mansos. Reñís de bien convencidos de que no habrá que curaros de un arañón como el dedo ni de un coscorrón tamaño. Y, sin embargo, ayer noche

se destripó el entuchado, dispuesto para sorberle su cadena al mayorazgo, no más que porque á usirías en poco toma un desmayo de sospechar alguaciles en lo que sólo era un gato. Vayan muy enhoramala, y denla sólo de guapos con hembras á que deslumbren trampantojos y arrumacos. Qué aquí ya se les conoce de sobra para tragarnos por valentías y arrestos miedos mal disimulados. Tal dijo, y como el Ganchoso acertara á alzar el gallo diciendo no sé qué cosas de vedrío y de fregado, las dos con los contendientes con tal denuedo cerraron, diluviando pescozones y puñadas granizando, que los dos perdonavidas como prudentes obraron con una prudente fuga logrando ponerse en salvo.

Angel R. Chaves.

## CHISMES Y CUENTOS.

Leamos con asombro:  
«El sábado quedó terminada la colocación de las cuatro palas que faltaban en las hélices del acorazado *Carlos V.*»  
Pues señor, es mucha desgracia la que tenemos con los acorazados. Hace dos años que botaron ése al agua, con grandes expansiones de

júbilo, y la primera noticia que tenemos de él es que le faltaban cuatro palas de las hélices.

Todo sea por Dios... y por las palas.

Un telegrama interesante.

«Un destacamento que operaba cerca de Sancti-Spíritus ha detenido á un corresponsal del *World* que regresaba del campo insurrecto.»

Ganas de gastar el tiempo se llama esa figura.

Porque pensar que no van á tener que soltar inmediatamente al corresponsal del *World* y dar todo género de explicaciones á Mr. Olney por la detención arbitraria es pensar en lo excusado.

¡Ahí es nada! ¡un periodista yankee!

Como si dijéramos, ¡la sagrada forma!

Para ir combatiendo la indiferencia glacial que pesa sobre los asuntos de Cuba, buena es la noticia siguiente:

«Un personaje liberal apostó una onza de oro (¡anda! ¡todavía hay personajes que tienen onzas!) á que para el día 8 del próximo mes serán realidades el relevo del general Weyler y la crisis.»

¡Miren no sea el mismo que apostó dos mil reales por la terminación de la guerra y la vuelta triunfal de Martínez Campos en la Nochebuena del 95!

Porque tiene mal ojo, y se va á quedar sin camisa.

Vayan unos cuantos parrafitos del *Herald*, de Nueva York, para ver si se les apaga á ustedes el ardor bélico.

Nuestro queridísimo colega norteamericano, y le llamo queridísimo porque sé que esto le gustará mucho al Sr. Cánovas, hace una especie de resumen de la situación en los términos siguientes, que no pueden menos de hacernos reventar de orgullo:

«1.º España renuncia á dominar la rebelión por el esfuerzo de las armas, y consagra la autonomía de Cuba.»

Fíjense bien tirios y troyanos en que no dice «el Gobierno renuncia á dominar la rebelión», sino España.

Y aun hay que agradecerle la forma. Porque la idea era decir:

«España no puede dominar la insurrección por el esfuerzo de las armas.»

Y lo ha dulcificado un poco con lo de la *renuncia*, como D. Simplicio Bobadilla Majaderano para quitarse el mal sabor de boca de las calabazas de D.<sup>a</sup> Leonor.

«3.º El plan de reformas ha obtenido la previa aprobación del secretario Olney.»

Lo cual indica claramente que le ha sido consultado por España, no por el Gobierno, que le ha parecido muy bien porque prepara el triunfo decisivo de los rebeldes... y que estamos quedando como unos hombres.

«3.º Los principales jefes cubanos abandonarían las armas si los Estados Unidos garantizaran la ejecución de las reformas.»

Más claro: que no se fían de nosotros gran cosa y que prefieren el apoyo de las personas serias. Y eso que andan por aquí los patriotas exaltados haciendo correr la voz de que esas personas serias no tienen marina.

Mientras nosotros acabamos de echarle al Carlos V cuatro palas nuevas.

Si el demonio se pone á inventar algo depresivo, no encuentra nada tan depresivo como eso.

Á no ser lo siguiente:

«Los beneficios comerciales contratados con los Estados Unidos considerálos la prensa americana asunto de resolución inmediata.»

Es decir, los Estados Unidos alientan y sostienen descaradamente la insurrección con armas y dinero, y en lugar de *honrar la cara de sedos* por la granjería, vamos y les ofrecemos... ventajas comerciales.

Que es hasta donde se puede llegar.

Para lo cual no había necesidad de haber derrotado á los moros en Cotacunga.

Aún queda una parte bastante lastimosa.

Leed y estremeced:

«El problema del pago de la deuda se resolverá por un acuerdo entre el Tesoro cubano y el peninsular. La carga financiera de la guerra anterior causó graves disgustos, y es evidente que los estadistas peninsulares no se proponen abandonar sobre la isla la abrumadora carga de los gastos de guerra.»

Ya lo saben ustedes, los estadistas peninsulares quieren evitar á los desdichados rebeldes el grave disgusto de pagar la deuda, y le echan encima de los que han enviado allá doscientos mil hombres y... todo el dinero que tenían.

Con eso, cuando dentro de unos cuantos meses nos *añadan* las cédulas, y se nos encarezca el pan, y nos doblen la contribución, nos quedará el consuelo de saber que, en cambio, no tienen la menor pena los que se quedaron sin bollos.

Después de hacer fuego desde ellos sobre todo el que se atrevía á gritar «¡Viva España!»

Y á propósito, ahora supongo yo que no se considerará grito subversivo el de «¡Viva Cuba libre!» ¡Porqué más libre que va á ser Cuba!...

Tanto que no sólo va á dirigirse y administrarse por sí misma, sino que enviará á las Cortes de la Península más diputados que antes, para dirigirnos y administrarnos á nosotros.

Y para votar cuantas indemnizaciones por daños y perjuicios pidan sus paisanos.

## CORRESPONDENCIA PARTICULAR

*Pecapena.*—Bien, pero ¿dónde está la miga de eso? (Como no esté en el verso «por ti, y la sangre se me hielas, que es un poquito largo»)

*Un civilista.*—No tiene nada de particular absolutamente.

*Paguito el Cordobés.*—¿Qué remedio! Recibiré los 316 *cañotes* restantes. Pero como espere que los lea...

Sr. D. A. M.—Es usted de lo más gracioso que se cría en la tierra de Córdoba. ¡Vaya, que tiene usted unas *caídas!*...

*¿Cuál?*—Me parece que no vamos á adelantar nada por ese camino. Cada día está la versificación más floja.

*El chiquito de Valladolid.*—Y lo mismo digo de la de usted. Pero ¡claro! ¡hasta Cánovas ha venido á menos, cosa que parecía imposible!

*Polilla.*—Hay que evitar, siempre que le sea á uno haccedero, el decir lo que haya dicho ya todo el mundo.

*R. Leña.*—Puede que tenga usted razón, y que ése sea el mejor medio de que la juventud aprenda geografía. Pero habrá que dársela á Carulla, que también ha puesto la Biblia en verso, para que la retengamos en la memoria.

*Calamar.*—Nada; ni un paso hacia adelante.

Sr. D. A. C. S.—La carta está muy bien hecha y la agradezco sinceramente. De lo otro no puedo aprovechar nada.

*Fronterón.*—Lo del tren, que es lo primero que me he echado á la cara, me huele á cosa harto conocida, y el gato escaldado...

*Timo...teu.*—Pues, efectivamente, no he recibido la anterior á que alarde. Pero la de hoy es de una utilidad grandísima, pues ella me demuestra que hay una *banda* de caballeros que se dedica á copiar *mensajencias* por esos semanarios de Dios para engalanarse (pobres criaturas! con plumas ajenas. Como usted comprende, es absolutamente imposible, y ahora menos, que yo me entere de cuantos epigramas, chistes, charadas, chascarrillos, etc., se dan á la estampa. Por de pronto, pongo los nombres de esos tres *caballeros* en un cuadro de honor... y para mí como si no hubieran nacido nunca. Mucho le agradeceré que siga en su laudable tarea de cazar gazapos de ese calibre.

Sr. D. J. M. A.—Cartagena.—Se recibió la suya y se le remitieron los números. Esta copla tenemos en todas partes. Los corresponsales, con su *parvulario* en hacer los pedidos, nos obligan á duplicar los trabajos de la Administración. ¡Qué se le ha de hacer! ¡Más padeció Cristo por nosotros!

Sr. D. J. M. S.—Se publicará uno de ellos, Dios mediante.

*Mal genio.*—Medianilla es, pero pudiera pasar en el álbum de la muchacha de las pantorrillas. ¡Ah! no se dice *calcomen* sino cacumen, á todo tirar.

Sr. D. J. O. B.—Cuando usted lea esto andaremos por esos andurriales; pero ni sé dónde iremos á pasar, ni si podremos visitarle.

*Safa.*—Poesía seria, y con una letra endemoniada, por añadidura.

*Maria, Feliciano y Eloisa.*—Tres eran tres... y las tres eran un gusón verdadero.

*Anasary.*—Se publicará.

Sr. D. E. F. F.—Siento tener que volver á insistir en mi antigua tema de que no podemos admitir artículos.

*Nota.*—Y hasta dentro de quince días, jóvenes; porque la semana que viene, como no conteste desde San Felid del Llobregat... no va á poder ser.

### GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

### CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

## COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

10 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

MADRID

## MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

Precios de suscripción.

MADRID.—Trimestre: 2,50 pesetas; semestre: 4,50; año: 8.

PROVINCIAS.—Semestre: 4,50 pesetas, año: 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR.—Año: 15 pesetas.

En Provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este último caso la carta.

Precios de venta.

Un ejemplar, con el suplemento correspondiente, 15 céntimos.

corresponsales y vendedores, 10 céntimos cada ejemplar.

Un suplemento, 10 céntimos.

los corresponsales, 6 céntimos.

Los ejemplares de números atrasados se servirán sin aumento alguno de precio.

Á los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

Redacción y Administración: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

Despacho: Todos los días de 10 á 2 y de 4 á 6.

Representante exclusivo en la República Argentina: D. Luis Cambrey, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 15 sup.º